

—He interrumpido inoportunamente, señora, la relación que habíais empezado. Tened la bondad de hacerla de nuevo, á partir del día en que habéis vuelto á ver al señor de Prades: ahora debo exigir de vos una confesión completa.

Tuvo el valor de obedecer; por momentos su voz se hacía más débil, se ponía colorada, y se llevó las manos á la cara. Esa emoción fué pasajera; la mujer desapareció para no quedar más que la madre, que levantaba su cabeza.

Después de decirlo todo, el prefecto la manifestó el deseo, para estar al corriente de todo, de hablar con Didier de Prades.

Marcela indicó el sitio donde la esperaba, y un ordenanza recibió orden de ir á buscarle al momento.

## XXV

El primer pensamiento de Didier al juntarse con Marcela fué interrogarla con la vista. Diose cuenta ella de la inquietud que debería experimentar, y marchando hacia él, le dijo:

—El señor prefecto no ha podido darme hasta ahora informes precisos; pero me ha acogido con tanta benevolencia, que tengo grandes esperanzas.

Con una sonrisa la dió las gracias por aquellas palabras. Después Didier dió algunos pasos por el despacho, y se inclinó delante del prefecto de policía.

—Señor—le dijo, después de haberle invitado á sentarse,—he rogado á esta señora, por interés vuestro y por el suyo, que me iniciase en algunos detalles de su existencia. Ha tenido la amabilidad de acceder á mi deseo, y estoy al corriente de diversos puntos que han de serme muy útiles en las pesquisas que he de emprender. Pero esos informes no me bastan y tengo que pedirlos otros.

—Estoy á vuestras órdenes—respondió el señor de Prades, inclinándose de nuevo.

—Quisiera saber vuestro modo de vivir los tres años transcurridos desde vuestra salida de Bretaña hasta la primera visita que hicisteis á esta señora después de morir su esposo. Si hubiese algún motivo que os impidiese explicaros en este momento, podríamos dejar nuestra conversación para mañana, ó contando con el permiso de esta señora, podríamos pasar nosotros dos á otra habitación.

—No hay necesidad—replicó Didier,—puedo hablar delante de esta señora; mi vida ha sido de las más ordenadas, y no tengo que avergonzarme de ninguna de mis acciones.

—No lo dudo. Sin embargo, érais muy joven cuando hicisteis vuestra primera salida en el teatro; habéis alcanzado grandes éxitos que han hecho haceros notar y han podido inflamar á ciertas imaginaciones novelescas. ¿No habéis tenido alguno de esos amoríos que dejan, cuando se terminan, grandes recuerdos en alguna de las partes interesadas?

—No señor. Después de morir mi padre, todo el tiempo de que disponía lo he empleado en trabajar; no he dedicado nada á mis placeres.

—El verano que siguió á vuestra salida en la Opera Cómica, ¿viajasteis acaso?

—Fuí á cantar á varios establecimientos de baños.

—¿Recordáis el nombre de ellos?

—Sí; porque no fueron muchos donde estuve: Vichy, Trouville y Dieppe.

—¡Trouville! Ahí es—dijo el prefecto después de consultar sus notas.—¿En qué hotel vivíais?

—En el de las Rocas Negras.

—Y en ese hotel ¿no os acordáis que os haya

ocurrido nada?—dijo el prefecto mirando al señor de Prades.

Éste se quedó pensativo, como si los recuerdos á que se aludía estuviesen borrados. De repente la memoria vino en su ayuda, algún incidente de su vida se presentó ante él, se puso rojo y se turbó.

—¡Está bien!—dijo el prefecto, después de haber estudiado la fisonomía de Didier,—ya estoy al corriente de un detalle que tenía interés en conocer. Ahora mismo—añadió señalando á Marcela,—mientras la señora me decía las vejaciones de que habéis sido víctima en el teatro, me acordaba de haberme ocupado de este asunto. No me ha satisfecho por completo lo que deseaba saber. Pero esos primeros recuerdos trajeron otros á mi memoria, haciendo más clara aún y más precisa la relación que hacía la señora, y estaba completamente asombrado. Es de vos, señor de Prades—dijo el prefecto mostrando á Didier un cuaderno abierto sobre la mesa—de quien se trata en este expediente.

—¡De mí! No me lo explico...

—Escuchadme. Una mujer de mundo, la señora de R... de cuyas aventuras se ha ocupado otras veces París, vino hace unos cuantos meses á traerme el manuscrito que veis

aquí. Había llegado á su poder de una manera muy misteriosa, y le acompañaba una carta, en la que, el autor del manuscrito, sin nombrarse, se desenmascaraba lo bastante para que se le pudiese conocer. Confesaba, ó más bien, lo decía, porque estamos en presencia de otra mujer, que había perseguido á la de R... con su odio y se había vengado de ella de un modo atroz.

Marcela y Didier se miraban sin comprender. ¿Qué relación podía haber entre aquellos papeles y el asunto que les llevaba ante el prefecto de policía?

Éste prosiguió:

—Esa mujer no ha perseguido solamente á la señora de R... durante su permanencia en París, donde ha estado muchos años, se ha hecho reo de muchas infamias y—continuó el prefecto dirigiéndose á Didier—vos sois una de sus víctimas.

—¡Yo!—dijo Prades.

—¡Sí, vos! Ella es la que ha esterilizado vuestra carrera artística. ¿Qué medios ha empleado para conseguir su objeto? ¿Qué la habéis hecho? Ese manuscrito os lo hará saber.

—¿Y se habla en él del proyecto de robarme mi hija?—preguntó Marcela.

—No, señora. Pero no tengo ninguna duda

sobre ese particular: su venganza contra Prades era incompleta, y ha hecho que no lo fuese.

—¿Cómo —exclamó Didier—encontraríamos á esa mujer? ¿Cómo arrancarla su presa?

—Me sería imposible deciroslo hoy; lleváos esos papeles, y mañana á las diez venid á participarme las impresiones que la lectura de ellos os hayan causado. Pensaremos entonces lo que debemos hacer.

Al coger Didier el legajo que le daba el prefecto, añadió:

—Es un depósito lo que os confío, no lo olvidéis. Reconoceréis con facilidad á los personajes que en él figuran. Todo París ha oído hablar de ellos y los ha juzgado y sentenciado. Después de leer ese manuscrito os serán simpáticos, pero os ruego que los compadezáis en secreto. Por interés vuestro, es preferible no volver de nuevo sobre hechos olvidados ya, y que habría que hacerlos ver nuevamente la luz.

La incredulidad está tan de moda en nuestra época, que acaso se negaría la existencia de estas Memorias ó se diría que habían sido escritas con motivo de la causa que se entabló. Yo mismo, cuando me han sido remitidas, he dudado de su autenticidad. Hasta me

he preguntado si la persona que las hacía llegar á mis manos, deseando rehabilitarse, era el propio autor de ellas. Mis dudas desaparecieron luégo: las maniobras legalmente probadas de que habéis sido víctimas las venganzas, demasiado ciertas, que han ejercitado contra vos, dan autoridad á esa narración y afirman otros hechos odiosos que encontraréis ahí. Si solamente se tratase del pasado, os aconsejaría, acaso, como á la señora de R... que no removieseis esas miserias; pero estoy seguro de que vuestra hija os ha sido robada por la miserable que ha escrito estas páginas; debéis buscarla y confundirla. Yo pongo á vuestro servicio todos los medios de que dispongo.

Marcela y Didier dieron gracias con efusión al prefecto de policía, y después de despedirse de él, salieron á la plaza del Palacio.

Esta vez no hicieron el camino á pie, tenían prisa de encontrarse en su habitación de la calle de Amsterdam, para sin tardanza enterarse del misterioso legajo.

Jorge y su esposa, fieles á su promesa, les esperaban ya, y Marcela acababa de dar cuenta á sus amigos de la entrevista que habían tenido con el prefecto, cuando la asistente entró bruscamente en la sala.

—Señora, señora—dijo,— en el recibimiento hay un hombre que dice tiene que entregar á usted una carta muy urgente.

Marcela, pálida y temblorosa, se había levantado y se disponía á salir de la sala, pero Jorge la detuvo.

—Dejadme á mí—dijo con firmeza, y dirigiéndose á la criada, añadió:—decid á ese hombre que os entregue la carta.

—La he pedido antes, pero no ha querido dármela. Dice que tiene orden de no entregársela á nadie más que á la señora.

—Pues entonces que entre aquí—dijo Jorge.

Mientras la criada iba á darle ese recado, Jorge se volvió á Marcela y Didier, y cogiéndoles las manos les dijo:

—Os suplico que tengáis calma, sobre todo no concibáis ninguna esperanza, que no hay nada hasta ahora que la justifique.

El hombre, seguido de la criada, entró en la sala.

Era un mozo de cuerda, de esos que se ven en las esquinas de las calles, con su placa donde se halla grabado el número que les da la Prefectura de policía.

Marcela se acercó á él.

—¿Es á la señora á quien se la ha perdido una niña?—preguntó el recién venido.

—Sí, soy yo—dijo Marcela, á quien había hecho ponerse pálida la pregunta del mozo.

Abrió una cartera muy mugrienta, sacó un sobre bastante sucio y se lo entregó.

La emoción de Marcela era tan grande, sus manos temblaban de tal modo, que Didier tuvo que tomar la carta, porque ésta no pudo.

Rompió el sobre, y Marcela y sus amigos leyeron al mismo tiempo que él estas palabras:

«Si entregáis mil francos al portador de ésta, sin tratar de saber quién os escribe, os será devuelta vuestra hija.»

## XXVI

Jorge era el único que conservaba su sangre fría y dirigiéndose al mozo, le dijo:

—¿Quién os ha dado esa carta?

—Una persona.

—¿Quién es esa persona?

—No la conozco contestó.

—¿No tiene costumbre de mandaros á otros recados?

—No señor, la he visto esta noche por primera vez.

—¿Dónde acostumbráis á estar por el día?

—En la esquina de la calle Vivienne y del Boulevard. Trabajo en aquel barrio hace diez años. El señor puede tomar informes.

—No tengo necesidad de ello; no dudo de vuestra honradez. Lo único que quisiera saber era el nombre de la persona que os mandado venir.

—No puedo decírselo al señor.

—¿A quién tenéis que llevar la respuesta?

—A la persona que me ha dado la carta.

—¿Sabéis las señas de su casa, ya que no sabéis su nombre?

—La encontraré en el boulevard Montmartre, delante del café de Suecia.

—¿Y no podeis decir nada más?

—No señor.

—¿Y si os diese una moneda de 20 francos?

—Ni aunque me diese el señor ciento, podría darle más noticias.

—Está bien. Esperad en el recibimiento, que voy á daros la respuesta.

El mozo se marchó de allí.

Marcela y Didier habían estado oyendo la

conversación sin atreverse á interrumpirla. Pero no comprendían su objeto, hasta la creyeron perjudicial. El que se comprometía á entregarles su hija, ¿no ponía por condición que no se tratase de saber quién era? Hicieron partícipe de sus temores á Jorge, que sonrió tristemente y respondió:

— De modo, pobres amigos míos, que tomáis esa carta en serio. ¡Qué locura! ¡Sí, qué locura! A pesar de la pena que os pueda causar, debo ponerlos en guardia contra todos esos intrigantes que están dispuestos á explotar vuestra desgracia. Después de haber leído el suelto que habrán publicado los periódicos de la noche, se habrán dicho al momento: «Aquí hay dinero; pues demos un *timo*.» Ya se ha puesto uno en campaña, después vendrán otros. Si vuestros corazones se entregan con facilidad á la esperanza, sufriréis desengaños horribles. Mi amistad os suplica que tengáis sangre fría, y no creáis que habéis encontrado á vuestra hija hasta que la podáis estrechar en vuestros brazos.

La emoción de Marcela y de Didier les impedía responder. Lucila acudió en su auxilio.

— ¡Seal! Esta carta ha sido escrita por un intrigante — dijo vivamente á su marido; — ¿pero qué es lo que te hace pensar eso?

— Todo. Un hombre honrado, que puede dar á unos padres agobiados por el dolor noticias de su hija, ¿empieza por pedir dinero? Acude corriendo, habla, y si es pobre, acepta la suma que le ofrecerán indudablemente.

— Es un pobre vergonzante tal vez — objetó Didier. — Tiene necesidad de dinero, lo quiere; pero su posición no le permite confesarlo, quiere ocultar su miseria.

— Entonces — replicó Jorge, — no fijaría la cifra de su recompensa; enviaría á la niña ó daría noticias suyas por escrito, reservándose pedir en seguida, lo más secretamente posible, algún auxilio pecuniario. Lo digo de nuevo; el autor de esta carta es algún miserable, y no sabe nada de nuestra pobre Luisita. Si pudiese devolvérmola, no pediría mil francos, sino que exigiría diez ó veinte mil. El anuncio está concebido de tal modo, las promesas que hago son tan amplias, que hace esperar una magnífica recompensa. Si se contenta con una cantidad relativamente mínima, es con la esperanza de que, sin reflexión, se la darán, y no corren más riesgo, sino que no le den nada; si se oculta es porque teme que pudierais llevarle ante los tribunales por haber cometido una estafa, después que hubieseis estado esperando á la niña y no os la entregase.

—Entonces, ¿no quieres contestarle, no vas á hacer nada?—preguntó Lucila.

—¡He dicho yo eso!—exclamó Jorge.—Me habré explicado mal. No tenemos, por el contrario, derecho de desaprovechar ningún indicio; debemos profundizarlo todo, indagar, buscar, y buscar siempre. Desgraciadamente ese trabajo es muy largo; lo empezamos hoy; puede durar una semana, un mes, un año acaso. Sí, queridos amigos—continuó, cogiendo las manos de Marcela y de Didier.—¡Es terrible! pero debéis acostumbraros á esa idea, á fin de que no os desalentéis demasiado pronto. Quiero precaveros contra esperanza demasiado prematuras; deseo, sobre todo, en estos momentos, hacer que participéis de una triste convicción: esta carta no puede traer ningún alivio á vuestras penas; la promesa que contiene es falsa, de todo punto falsa. Sin embargo, debemos proceder como si fuera verdadera. Nos piden mil francos, empecemos por dárselos; pero debemos estar preparados para podérselos quitar si hiciese falta. Dadme un sobre y confiad en mí.

Didier fué en busca de lo que le pedía Jorge, y éste, sacando de un bolsillo una cartera, cogió de ella un billete de Banco. Cuando le entregaron el sobre, colocó en él el billete; le

cerró cuidadosamente, y después de coger su sombrero que estaba encima de un mueble, dijo:

—Me daréis tiempo á que yo haya bajado la escalera, después entregaréis el sobre al mozo, sin hacerle observación ninguna.

—¿Dónde vas? ¿Qué proyectas hacer?—preguntó Lucila.

—Tras de mi dinero, para ver á la persona que lo reciba. Estad tranquilos; una vez conocida, si tiene algo que decir, se dará prisa á hablar. Le haré que se le suelte la lengua con otros billetes que llevo en la cartera. Si, por el contrario, y es lo más probable, estoy seguro de ello, desgraciadamente no pudiese darnos noticia ninguna, recuperaré los mil francos que están en ese sobre, porque los quiero muchísimo, como que son parte de una suma que destino á la ahijada de mi esposa. De todos modos, pronto sabréis algo á qué ateneros, y no pasaréis la noche esperando inútilmente.

—¿No queréis que os acompañe yo?—preguntó Didier.

—No, estorbaríais mis movimientos. Yendo yo solo, podré deslizarme sin ser visto, detrás del que quiero seguir. Si fuésemos dos, lo conocería al momento, y despertaríamos sus sospechas. Quedaos aquí, os lo ruego, y tratad

entre los tres de esperar mi vuelta sin gran impaciencia. Pensad en el manuscrito que os ha entregado el prefecto de policía. En la lectura de esos papeles debéis poner vuestras esperanzas; no tengáis ninguna en los pasos que voy á dar para... tranquilidad de mi conciencia. Adiós; dentro de tres minutos entregad la carta.

Se dirigió á la puerta de la sala. En el momento de ir á abrirla, Lucila se juntó con él y le dijo:

—No sabes dónde puedes ir; no sea que vayas á meterte en algún atolladero. ¿Llevas armas?

—No tengas cuidado, manejo los puños de tal modo, que habría de darle envidia, si me viese, á algún boxeador de oficio. Déjame que no lleve más armas que las naturales, y no temas nada.

Besó á su mujer en la frente, la estrechó suavemente, salió á la escalera, la bajó con rapidez, atravesó la calle y entró en un estanco.

Mientras encendía un cigarro, tenía los ojos fijos en la puerta de su casa, que tenía enfrente. Abrióse poco después y dió paso al demandadero que, sin vacilar, sin temor á que le siguiesen, se dirigió á la plaza del Havre para seguir luégo por el boulevard Haussmann.

Jorge, á unos cuantos metros de distancia, marchaba detrás de él á su paso ordinario, y procurando irse ocultando entre los paseantes que llevaban el mismo camino.

En la nueva Opera, el mozo se metió por los boulevards en dirección á la calle Vivienne.

No había que dudar de su buena fe; sus informes eran exactos.

Delante del teatro de Variedades se detuvo y parecía que buscaba á alguien. Jorge atravesó la calle, y oculto tras de un farol espiaba sus movimientos.

Al cabo de cinco minutos escasos, un joven de dieciocho á veinte años, cubierta la cabeza con un sombrero blanco, y con traje de obrero en día de fiesta, se acercó al mozo de cuerda.

Oyéronse algunas palabras, se vió brillar en la oscuridad una moneda, la carta cambió de manos, y el recién llegado, dejando el boulevards, subió por la calle Vivienne.

Jorge esperaba verle detenerse en alguna de aquellas tiendas, aún abiertas, para romper el sobre y asegurarse que iba allí la suma pedida. No fué así: el portador de la carta flojó el paso, atravesó la plaza de la Bolsa y recorrió las calles de la Banca, de la Vrillière, Croix-des-Petits-Champs y Coquillière.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1025 MONTERREY, MEXICO



Siguiéndole siempre, Jorge se decía que sin duda tenía delante de sí á otro segundo mensajero, inconsciente como el primero, de la misión que le habían confiado.

Se engañaba: de repente, después de haber pasado por delante de los Mercados, en la esquina de la calle de Rambuteau, el desconocido se detuvo bruscamente y se volvió de frente á Jorge.

## XXVII

Eran las once de la noche: las calles de París empezaban á estar desiertas; Jorge, no pudiendo ocultarse ya entre los paseantes, había llamado al fin la atención del hombre á quien seguía.

Este, según todas las probabilidades, no era quien había escrito á Marcela; ignoraba la petición de mil francos y no sabía que la carta contuviese aquella suma. Sin embargo, se le había aleccionado, le habían recomendado tomase precauciones y una gran reserva. Era, como Jorge se figuraba, un simple mensajero,

pero de confianza, iniciado en parte en ciertos secretos.

Al verle detenerse y hacerle cara, Jorge, felizmente, no perdió su sangre fría. Fingió no haberse apercibido de aquel movimiento, continuó su camino sin la menor vacilación, y se metió por la calle de Rambuteau.

Ocurrió lo que había previsto: el joven quedó seguro de que no era sino algún transeunte que se retiraba á su casa, y como la calle de Rambuteau le había de conducir adonde él se dirigía, siguió también por ella. Ahora era él quien seguía los pasos de Jorge, y éste se felicitaba de aquel cambio de posición, porque se acordaba de un consejo dado por uno de los sabuesos más finos de la policía: «La mejor manera de seguir es ir delante.»

No estaba hecho todo, sin embargo. Mientras uno y otro fuesen por la misma acera, Jorge no tenía cuidado ninguno; gracias al silencio de las calles, á los pocos transeuntes que por ellas andaban, no tenía necesidad de volverse para saber que su billete de banco iba detrás de él. Le oía, le veía, por decirlo así. Pero desembocan muchas vías en la calle de Rambuteau. El desconocido podía tomar un camino transversal y desaparecer bruscamente. Jorge se puso en guardia: en todas las